

Cultura y naturaleza en la cuenca del Salar de Atacama

ERNESTO CONTRERAS¹

RESUMEN

El sistema ritual atacameño representa una correspondencia de los ciclos y fenómenos naturales expresados en la forma del panteón de los santos tutelares católicos. Este sistema tiene profunda relación con los ciclos anuales agrícolas y cosmológicos. Se propone una sincronicidad del ciclo ritual, agrícola y cosmológico de los habitantes de la cuenca del Salar de Atacama, en el sentido de la coincidencia de los ciclos naturales, el ciclo ritual y agrícola, cuyo eje son los restos de los fenómenos naturales divinizados. La agricultura tradicional y los aspectos culturales de la sociedad atacameña tienen una profunda relación con estos ciclos.

ABSTRACT

The ritual system of San Pedro de Atacama represents an absolute correspondency of natural cycles and natural phenomena, expressed on the form of catholic tutelary saints. This system has a deep relation with the agricultural and cosmological annual cycles. There exist a synchronicity between the ritual, agricultural and cosmological calendaries used among the people of San Pedro. The axis of this synchronicity are the remains of divinized natural phenomena. The traditional agriculture and those cultural aspects of the San Pedro's society has a deep relation with these cycles.

Predictibilidad de fenómenos ambientales

Todos los pueblos del mundo, incluyendo las expresiones más urbanas de la cultura, necesitan del manejo de variables medioambientales para tomar decisiones cotidianas. Y no se trata tan sólo de una relación física con el medio, esta relación está tamizada por la cultura ya que las decisiones adoptadas serán también decisiones culturales.

En el caso de un pueblo que basa su forma de vida en ciclos anuales u otro tipo de ciclos naturales, el grado de precisión en el manejo de las variables medioambientales estará determinado, en mayor medida, por el grado de supervivencia material e ideacional del grupo. Es el caso de la sociedad

atacameña, donde el manejo de variables medioambientales determina –y sólo para la sistematización de un observador externo– dos aspectos fundamentales de esta cultura agrosilviganadera; el primero es el manejo de aspectos tecnológicos asociados a la tradición local y, el segundo, el ropaje litúrgico que los fenómenos naturales adquieren en el ritual sanpedrino.

El afiatamiento de la tradición etnoecológica

La milenaria ocupación del área de la cuenca del Salar de Atacama, que comenzó con la irrupción de cazadores tras la caza de las manadas de caballos y otra paleofauna y de condiciones climáticas más favorables, paulatinamente ha ido innovando desde un sistema de caza-recolección en las riberas de un gran lago cuaternario que dio origen al Salar de Atacama, hasta la sedentarización y desarrollo de una agricultura con especies locales y el cultivo y adaptación de otras que fueron difundidas en los sucesivos contactos que tuvieron con otros pueblos (Núñez 1992: 17, 57).

A lo largo de su historia la población atacameña ha incorporado elementos provenientes de otras tradiciones, ya sean tecnológicos o ideacionales, mezclándolos con la domesticación de los ambientes propios del área, albergando sólo en los oasis de Atacama a una población superior a los 15000 individuos en la etapa de mayor poblamiento (1300 en la actualidad). Lo exitoso de la relación hombre-medio ambiente generó las condiciones para una sólida tradición de ecología nativa. Actualmente, las condiciones de participación marginal de los campesinos atacameños en la economía a escala provincial y regional potencia una relación beneficiosa con los ecosistemas y lugares aparentemente estériles que conforman el paisaje de formación de la población atacameña, a pesar de un relativo deterioro de los recursos naturales. Esto lo apreciamos en las estrategias de supervivencia, que van desde la construcción a base de materias primas locales, hasta la obtención de medicinas de las diversas especies

¹ El autor es antropólogo y radica desde 1992 en San Pedro de Atacama.

de hierbas existentes, pasando por la confección de utensilios a partir del manejo de las diversas especies arbóreas nativas, que además son utilizadas como alimento humano y forraje animal, entre otros. Como ejemplo, se puede mencionar el conocimiento y uso de las distintas variedades de algarrobo, de los que son reconocidos siete, unos más valorados que otros; los usos del algarrobo van desde medicinas a forraje animal, pasando por uso de madera para construcción, bebidas alcohólicas, cerveza (*aloja*), tinturas para tejidos, harina para diversos usos comestibles, etc.

Lo exitoso de la relación con el medio ambiente no impide caracterizar una crisis en el manejo ambiental nativo, provocada por la explotación de recursos vitales por parte de empresas mineras, la tendencia a la migración y el régimen asalariado, el acostumbamiento al asistencialismo y a la solución foránea y, principalmente, por la ruptura en la transmisión de contenidos tradicionales de ecología nativa.

Naturaleza y cultura

En el mundo andino nos encontramos con una cosmovisión integrada, donde los fenómenos naturales están íntimamente ligados con los fenómenos míticos y, por ende, por la vida social, llegando sutilmente a manejar los hilos de la estructura cotidiana. Esta visión integrada de la presencia del hombre en el cosmos tiene un profundo sentido práctico, cual es la de la adaptación, supervivencia y mantención de las condiciones que sustentan la vida. Desde esta perspectiva, nos encontramos con una arraigada tradición etnoecológica que, como estructura de control y representación total, ha contribuido sustancialmente a la preservación de la naturaleza, así como la regulación social de la economía y el uso y distribución de los recursos. Para reforzar esta idea, se plantea que las culturas indígenas andinas reconocen la existencia de espíritus de la naturaleza silvestre –y de los fenómenos naturales– que regulan, controlan y velan por su equilibrio, continuidad y bienestar (Grebe 1990).

La fuerza de los fenómenos naturales es una creencia que motiva, legítima, válida y da sentido a la interacción y toma de decisiones del hombre andino respecto a la naturaleza silvestre. En este sentido, las potencias sobrenaturales son delegadas en seres mitológicos, que tienen poder sobre el respectivo fenómeno o elemento natural a su cargo.

Algunos de los espíritus reconocidos en el Area Sur Andina, en los siguientes elementos, son: montaña, bosque nativo, agua de vertiente o manantial, tierra, piedra, viento, rayo, trueno, lluvias, semilla, animales y pájaros silvestres, camino tropero, remolino, etc.

La cultura atacameña tiene una indudable relación con los fenómenos naturales, ya que éstos rigen sobre las dificultosas condiciones de producción agrícola y manejo ganadero en una de las zonas más áridas del planeta. En torno a esta relación telúrica se ha tejido milenariamente, de forma adaptativa a las nuevas condiciones climáticas y procesos socioculturales, una serie de creencias que validan y legitiman una relación de deber ser frente a la producción y reproducción material y simbólica de su sociedad.

El rol que juegan los fenómenos naturales en los aspectos socioprodutivos cataliza la tradición de los oasis, humanizándolos en la fórmula sincrética del “panteón católico”. Este rol va más allá de ser sutiles y a veces potentes signos de cambios telúricos o climáticos, mutando en principios ordenadores del cosmos; en principios lógicos, muchas veces reñidos con la prescripción de la lógica aristotélica de nudo-desenlace, estándar en el pensamiento occidental.

Los fenómenos naturales son aquello por medio de lo cual los mitos tratan de explicar realidades que no son de orden natural, sino lógico. No corresponden a un mero fenómeno físico abstraído de un marco de percepción integrado. Por lo que los fenómenos naturales no serán experimentados, tampoco existirá algo así como una naturaleza de los fenómenos naturales. “Lo que es más, no tienen existencia propia, pues son función de las técnicas y del género de vida de la población que las define y que les da un sentido, aprovechándolas en una dirección determinada” (Lévi Strauss 1987: 76). La lectura hecha por parte de los habitantes de San Pedro de Atacama del mapa geomántico de su entorno, la certera asociación con festividades y los hitos de su calendario anual agrícola estarían corroborando esta tesis estructuralista.

Las propiedades del medio adquirirán significaciones diferentes, según la forma histórica o técnica que adquiera tal o cual género de actividad. Debemos estar precavidos de no reducir este manejo ambiental a una cuestión de utilidad práctica, pues cada forma

botánica, zoológica, inorgánica o atmosférica, no sólo será conocida simplemente por su utilidad práctica, su interés radicarán, precisamente, en que primero se las conoce. De acuerdo a Lévi Strauss (1987), el conocimiento se extiende a umbrales imperceptibles para el observador externo, y a que la precisión con que se conocen las más pequeñas diferencias entre las especies de un mismo género es impactante.

Las facultades agudizadas de los nativos de los oasis atacameños les permiten notar exactamente los caracteres genéricos de todas las especies vivas e inorgánicas, así como los cambios más sutiles de fenómenos naturales como la luz, los vientos, los colores del cielo, las corrientes aéreas.

Parafraseando a Handy y Pukuy:

“la extremada familiarización con el medio biológico, la apasionada atención que le prestan, los conocimientos exactos a él vinculados, la percepción de menudas diferencias y denominación de todas las especies nativas, y de diferencias dentro de una misma especie, detectando variedades que sorprenderían a los taxonomistas” (cit. en Grayhill et al. 1958: 213).

Esto es lo que permite inferir su extremado respeto y resignación frente a los designios naturales. No se trata de que estén al acecho de los menores cambios, sino que esta inclinación es la que les permite vincular su vida cotidiana a un saber científico, a una clasificación, a un agolpamiento de cosas y de seres que introduce un principio de orden en el cosmos.

Predictibilidad: signos sensibles y supervivencia

La supervivencia de los aspectos materiales e ideacionales de un pueblo que basa su forma de vida en los ciclos de la naturaleza, tiene una vital relación con el grado de predictibilidad y conocimiento de los elementos y fenómenos naturales de sus ecosistemas. No sólo por su naturaleza esta predictibilidad puede verse coronada por el éxito:

“sino que también puede anticipar doblemente; anticiparse a la ciencia misma, y a métodos o resultados que la ciencia no asimilará sino en una etapa avanzada de su desarrollo, si es verdad que el hombre se enfrentó primero a lo más difícil: la sistematización al nivel de datos sensibles, a

los que la ciencia durante largo tiempo volvió la espalda y a los que comienza ahora, solamente, a reintegrar en su perspectiva” (Lévi Strauss 1987: 28).

El sistema de signos referenciales puede ser agrupado en indicadores astronómicos (los “cachos” de la luna, su color, su inclinación naciente, el brillo y nitidez de las constelaciones del Suri, del Llamo y del Revolcadero, así como la nitidez de las manchas oscuras de la Vía Láctea, etc.); físicos (colores de los cielos en horizontes al amanecer y al atardecer, dirección de los vientos, presencia de uno o dos arco iris, presencia de nevadas, presencia del “terral”, presencia de “viento blanco”, luminosidad del sol, presencia de diversos tipos de nubes, color de los rayos, olores y humedad, etc.); biológicos (fotoindicadores de las plantas, hierbas y arbustos de “monte”, floreamiento de las cactáceas columnares, presencia de polen fórnico, indicadores específicos a los distintos pisos ecológicos); zoindicadores (canto de los gallos, “extraños pájaros”, rebuzne del burro, dirección del vuelo de los pájaros, comportamiento de la fauna silvestre, etc.).

Todos estos signos referenciales están directamente asociados con las decisiones que los pobladores atacameños tomaran en su vida cotidiana y productiva.

Estarán anunciando desde frío, pasando por lluvias y extremados calores, hasta intensos terremotos.

La idea no es tratar de explicar “científicamente” el grado de predictibilidad de estos signos referenciales, tan sólo constatar su función en los sentidos cotidianos de los nativos. Por ejemplo, al poblador de los oasis no le interesará que el Alto Amazonas y el influjo del clima estival continental por efectos de presión, infiltre su influjo en el Salar, trayendo consigo polen amazónico y humedad o que la posición de la Tierra con respecto al Sol durante el solsticio de verano hasta el equinoccio de otoño, provoquen que la luminosidad de la luna, en su etapa naciente, presente una notable inclinación hacia el norte de la Tierra. Lo que sí le interesará es que existe un extraño “olor” en el aire o que sus techos se cubren por las mañanas con un polvo rojizo (que no es de Chuqui, ni del Lascar) y que la luna “tiene sus cachos hacia el norte”, para tomar rápidas precauciones para la protección de sus cosechas.

El ritual de San Pedro. Sincretismo de los fenómenos naturales divinizados y el panteón católico

¿Cómo es posible que la sociedad atacameña se vuelque en expresiones tradicionales en el marco de una sociedad nacional tan estandarizada y donde el asalariamiento haría perder el contacto con la fuente viva de la tradición?

La respuesta vendría del análisis del parentesco, del linaje y principalmente, de las expresiones manifestadas en un riguroso calendario ritual, que da sentido a la pertenencia y a la dificultosa reproducción simbólica, y que además representa una importante válvula de escape en una sociedad altamente conformista.

Los ritos como forma de manifestar determinados aspectos de la vida de un grupo y para la integración social (Goethals 1981: 19) adquieren una singular característica en la cultura de San Pedro: además de mediar entre las tradiciones y los fenómenos que gobiernan la vida, introducen aspectos dramatizados de la vida cotidiana, presente e histórica, cuando el tiempo mítico confluye con el histórico en la realización ritual y en la veneración a determinados santos y espíritus tutelares.

La correspondencia de la definición de rito a nivel etnológico y el drama ritual sanpedrino es notable, ya que como forma de comunicación de creencias sociales, políticas y económicas, representadas como cosmovisión y expresadas en imágenes y dramatizaciones estructuradas, dan sentido a la existencia del grupo, cumpliendo un papel altamente conservador orientado a la mantención orgánica de la sociedad.

El ritual sanpedrino integra a todos los individuos de esta sociedad, provocando el fenómeno de reconcentración de individuos que han emigrado a los centros urbano-industriales, cuestionando el eventual sustrato material del ritual, que podría –como planteó Weber– estar siendo motivado por:

“necesidades del espíritu humano, por reflexiones éticas que hacen al plano de la identidad, que provienen no de una base material, sino de afán interno de comprender el mundo como cosmos con un significado y adoptar una actitud hacia él” (Weber 1964: 117).

Esta reconcentración y encuentro pone en contacto físico a las familias, a los amigos con los espacios de permisividad festiva y con la cosmovisión que los cohesionan. “El rito concreta para el individuo un ‘universo simbólico’ que preserva del temor último de una existencia anónima” (Berger 1970: 16).

Un sistema sincrético puede definirse como la formación, a partir de dos sistemas religiosos que se ponen en contacto, de un nuevo sistema, que es producto de la integración dialéctica de los elementos de los dos sistemas originales (sus creencias, ritos, formas de organización y normas éticas), que hace que dichos elementos persistan en el nuevo sistema.

Las formas rituales en San Pedro de Atacama son altamente litúrgicas, lo que se explica porque están revestidas por una de las características más sobresalientes del ritual superpuesto en los Andes, cual es “la profunda mezcla de elementos religiosos de la visión animista de la naturaleza que prima en las sociedades agrícolas y los santos católicos” (Coe 1986: 222). Precisamente, el sistema ritual atacameño representa una correspondencia de los ciclos y fenómenos naturales expresados en la forma de panteón de los santos tutelares católicos.

La Iglesia Católica ha jugado un papel esencial en la introducción de elementos centrales en la religiosidad atacameña:

“desde el momento de la dominación española intentó sustituir las prácticas idólatras de los pueblos andinos, por elementos menos peligrosos para la obra evangelizadora: sacerdotes y monjes inventaron o introdujeron bailes y mimos como Moros y Cristianos, que representaban la lucha de la época por la defensa de la fe contra los paganos, bajo la tutela salvaje de Santiago, el hijo del trueno, hasta hoy día respetado en la cordillera como el santo de las tempestades eléctricas” (Van Kessel 1988: 22).

Tan profundo fue el impacto del panteón católico, que los fenómenos naturales divinizados fueron revestidos sincréticamente de la forma humanizada de santos, por ejemplo en cuanto a las mismas tempestades:

“Cuando llueve está el Santa Bárbara que es ciego y que produce el trueno cuando habla porque es

muy ronco, y San Santiago es un guerrero que tiene una inmensa espada—de un metal muy blanco— en su mano izquierda, cabalga en el más hermoso caballo..., es clarito, se ve allí galopando entre las nubes, pega el azote al caballo y revientan rayos que donde caen dejan una piedra... Las centellas son de San Jerónimo y produce una centella con el lazo.”²

La base ideológica y religiosa del alma indígena, su concepción personal del universo y de la vida humana, sus sentimientos, a pesar de tantos siglos transcurridos, subsisten todavía, como brasas bajo la ceniza (Varcarel cit. en Van Kessel 1988: 34).

En el calendario hay días en que el ritual católico coincide con los antiguos ritos andinos. Es el caso del *Corpus Christi*, que viene a punto para que los indígenas celebren su pascua del sol (*Inti Raymi*, año nuevo). Las aprovechan hábilmente; si se examina el calendario de las fiestas católicas son de gran importancia para ellos, aunque no sean verdaderamente para la Iglesia.

Otro caso es la festividad de la Santa Cruz (3 de mayo), correspondiente a una fecha crucial para los agricultores: la cosecha del trigo (Van Kessel 1988: 24).

El 29 de junio, el calendario litúrgico de San Pedro de Atacama destaca la principal festividad que viene asociada con la de preparación y clausura del ciclo agrícola: la del santo patrono del pueblo.

Cabe hacer notar que uno de los mitos más poderosos de la región ecológica del Salar de Atacama está dado por la fecundación de la tierra producida por la copulación entre el Licancabur y su pareja Quimal, ocurrida precisamente en estas fechas, cuando la sombra matinal del Licancabur (señor o cerro del pueblo) se proyecta y toca con su cono la cumbre del Quimal muy temprano en la mañana del 29 de junio, fecha que coincide con la celebración desde la Colonia del santo patrono del pueblo, San Pedro.

Otra fecha de celebraciones es fines de febrero, exactamente 47 días antes de Semana Santa, cuando se celebra el Carnaval, fiesta eminentemente

catártica con la que se celebran los inicios de la cosecha y se agradece por las lluvias del verano. Esta celebración dura hasta la víspera de cuarema, período de recogimiento esperando el letargo invernal marcado por la muerte cósmica recordada en Semana Santa.

Los agricultores celebran también la fiesta del floreo del ganado ovino el 24 de junio, para San Juan, fecha que también coincide con el solsticio de invierno y las reminiscencias del *Inti Raimy* andino.

El mito de la *Pachamama*, madre de la vegetación y de la vida, que está en el origen del culto de los agricultores andinos, es la base para el esquema litúrgico atacameño, recordada en todas las ocasiones rituales. Ella es la divinidad central atacameña, reconocida en la Virgen María, la madre virgen, con todo un culto sincrético, con procesiones y ofrendas, bailes y súplicas, equipado con el mismo tipo de ritos y dirigido por las mismas necesidades de lluvias y fertilidad, de perdón y bendición, de salud y bienestar.

Para concluir, la relación entre festividades religiosas y el substrato de producción agroganadera tiene una exacta representación en los ciclos calendáricos atacameños, de tal manera que esquemáticamente resultan tener una sincronidad asombrosa.

² Extracto de entrevista realizada a Angel Colque, al señor Lique y otros representantes de Machuca asentados en San Pedro de Atacama (octubre 19 de 1993).

REFERENCIAS CITADAS

- ALDUNATE, C., V. CASTRO y otros, 1981. Estudio etnobotánico en una comunidad precordillerana de Antofagasta. *Boletín del Museo Historia Natural*.
- BERGER, P. L., 1970. *A rumor of angels*. Anchor Press-Doubleday, Nueva York.
- COE, M. y otros, 1986. *Atlas of Ancient America*. Equinox, Oxford.
- GOETHALS, G., 1981. *El ritual de la televisión*. Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- GRAYHILL, H. y P. KAWENA, 1958. *The Polynesian system*. Wellington, Nueva Zelanda.
- GREBE, M. E., 1990. Etnoecología nativa en las culturas andinas. *Revista de Antropología*.
- HIDALGO, J., 1982. Descomposición cultural de Atacama en el siglo XVIII: Lengua, fugas y complementariedad ecológica. *Estudios Atacameños* 7.
- LEVI STRAUSS, C., 1987. *El pensamiento salvaje*. Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- NUÑEZ, L., 1992. *Cultura y conflicto en los oasis de San Pedro de Atacama*. Editorial Universitaria, Santiago.
- URTON, G., 1985. *At the crossroads of the Earth and the sky: An Andean cosmology*. University of Texas Press, Austin.
- VAN KESSEL, J., 1988. *Lucero del desierto*. Universidad Libre de Amsterdam, CIREN, Iquique.
- WEBER, M., 1964. *The sociology of religion*. Beacon Press, Boston.